

Presentación

Ambrosio Velasco

Este número veintiséis de la revista *Theoría* está dedicado a Adolfo Sánchez Vázquez; uno de los más queridos y destacados profesores de la Facultad de Filosofía y Letras que llegó exiliado a México en el barco *Sinaia*, en junio de 1939, cuando apenas tenía veinticuatro años de edad. No obstante su juventud, Adolfo Sánchez Vázquez había tenido una intensa participación en el frente de batalla en la Guerra civil española, defendiendo con las armas y las letras la República instituida democráticamente en 1931. Con la derrota militar, lo más destacado de la intelectualidad española fue desterrado por el fascismo franquista. A partir de entonces, Adolfo Sánchez Vázquez vivió más de setenta años “un exilio sin fin” en México, principalmente en nuestra Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde realizó estudios de literatura y filosofía, se formó académicamente, impartió cátedra, formó a decenas de generaciones y realizó su admirable obra filosófica hasta su muerte, acaecida el 8 de julio de 2011.

En este número se integran trabajos de discípulos y colegas de Adolfo Sánchez Vázquez que analizan distintos aspectos de su pensamiento filosófico.

El trabajo de Aureliano Ortega, “Para una lectura política de la *Filosofía de la praxis* de Adolfo Sánchez Vázquez: Lenin *vs.* Althusser”, analiza las controversias de Adolfo Sánchez Vázquez con la interpretación althusseriana del marxismo que tuvo una amplia recepción en la Facultad de Filosofía y Letras en los años setentas y ochentas. Frente a la interpretación cientificista del marxismo que hace Althusser y a la supuesta ruptura entre un Marx humanista de juventud y un Marx científico de madurez, Sánchez Vázquez sostiene una original interpretación que subraya la continuidad progresiva de toda la obra de Marx, desde sus escritos de juventud como *Los manuscritos económico-filosóficos de 1844* hasta sus obras de madurez que culminan con *El capital*. En este desarrollo el humanismo temprano de Marx no se abandona, sino que se enriquece con una concepción de la historia científicamente más rigurosa,

pero no menos humanista. La interpretación de Sánchez Vázquez muestra la incongruencia de la interpretación althusseriana de reducir al marxismo a una teoría científica que no reconoce la libertad humana en la transformación de la realidad y corre el riesgo de convertir a la teoría de la revolución en una mera aplicación tecnológica del materialismo histórico. Aureliano Ortega reconstruye también los puntos de vista de algunos defensores de la teoría de Althusser en la Facultad de Filosofía y Letras, como es el caso de Cesáreo Morales, quien mantuvo polémicas con Adolfo Sánchez Vázquez. Estas polémicas marcan una época de la Facultad de Filosofía y Letras y muestran el papel central de Adolfo Sánchez Vázquez en la vida académica y, en particular, en el debate dentro del marxismo donde siempre tuvo, a nivel nacional e internacional, una enorme capacidad esclarecedora e innovadora. Al respecto Aureliano Ortega afirma: “Siendo indudablemente *el maestro* de varias generaciones de marxistas, pero asimismo una verdadera autoridad en cuestiones de orden teórico, la intervención de Sánchez Vázquez y la puntualización de lo bueno, lo malo y lo peor en el pensamiento y la obra de Althusser parecen ser imprescindibles. Y sucede que a su mirada lo poco de bueno que podía acarrear la obra del marxista francés termina ahogándose en una serie interminable de “ambigüedades y malentendidos”, al margen de que el precio que ha pagado por defender el carácter científico del marxismo *es nada menos que el olvido de la praxis*; “lo cual, tratándose de una filosofía que sin dejar de ser ciencia —o justamente por serlo— es la filosofía de la transformación del mundo, es un precio que no se puede —ni es forzoso— pagar”.

El segundo trabajo es “Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo francfortiano”, de Stefan Gandler. En este artículo se hace un análisis comparativo de dos versiones del marxismo crítico: la de Alfred Schmitt, discípulo de Adorno y de otros representantes de la Escuela de Fráncfort, y la de Adolfo Sánchez Vázquez. Gandler destaca importantes convergencias entre los dos marxistas: ambos desarrollan una interpretación crítica de la obra de Marx en oposición al marxismo dogmático impulsado por el Estado soviético. Ambos destacan la centralidad de la praxis como actividad social y creativa que supera la dualidad idealismo-materialismo. Los dos filósofos defienden el compromiso democrático de Marx y cuestionan el autoritarismo cientificista del marxismo soviético. El autor considera que la visión crítica, humanista y democrática que sostienen Sánchez Vázquez y Schmitt está estrechamente vinculada a su condición de exiliados. Pero la diferencia entre ellos es el énfasis que Adolfo Sánchez Vázquez hace en la praxis artística como actividad estética-revolucionaria: Hay una diferencia entre la interpretación de la obra de Marx de Sánchez Vázquez y la de Schmidt que queremos mencionar aquí; se expresa claramente en las respectivas investigaciones sobre el concepto de praxis. Mientras el segundo comprende la praxis humana como prioritariamente económica, el primero,

en cambio, cuando llega a abordar formas especiales de praxis, menciona en particular a la política y la artística”. Stefan Gandler, dice, que en este punto reside “la importancia de lo que ha dado Adolfo Sánchez Vázquez al mundo de habla hispana, y al mundo en general, con su interpretación crítica del marxismo y que ha sido una de las primeras en toda América Latina y sigue siendo una de las filosofías más importantes de nuestro tiempo”.

Por su parte, Luis Villoro, en un ensayo presentado con motivo de un homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez que aquí reproducimos con su previa autorización en 2013, resulta especialmente emotivo, después de su fallecimiento en marzo de 2014 que todos sus amigos, alumnos y colegas sentimos con profunda tristeza. En este trabajo, titulado “Socialismo y marxismo”, Luis Villoro destaca la aguda crítica de Adolfo Sánchez Vázquez al socialismo realmente existente, así como a los opositores al marxismo y al socialismo que utilizan las distorsiones del socialismo real para pregonar el fracaso del socialismo y del marxismo y el triunfo final del capitalismo y el liberalismo. Para Sánchez Vázquez el socialismo propuesto por Marx implica necesariamente la propiedad social, no estatal, de los medios de producción y el autogobierno de la sociedad en su conjunto bajo un auténtico régimen democrático y republicano.

Luis Villoro también destaca la originalidad del pensamiento de Adolfo Sánchez Vázquez, quien logra articular dos aspectos presentes en la obra de Marx, pero desarticulados en sus escritos: por un lado, una ciencia rigurosa de la historia basada en la economía política; por otro, una dimensión humanista y pragmática orientada a la transformación de la realidad capitalista en una sociedad justa y libre. Frente a las interpretaciones predominantemente científicas como la de Althusser, y en general la interpretación dominante incluso en la misma Unión Soviética, Sánchez Vázquez subraya la dimensión ética y política del proyecto socialista del marxismo, sin rechazar la necesidad de una fundamentación científica: “El socialismo es una posibilidad real, pero también es posibilidad deseable por valiosa. No es el resultado inevitable de la dialéctica histórica”. Esta afirmación implica para Luis Villoro una concepción del socialismo como una idea regulativa que acerca a Sánchez Vázquez a una perspectiva eminentemente ética-política cercana a Kant y a Rousseau.

Al igual que la colaboración de Luis Villoro, la de Bolívar Echeverría presentada en el homenaje que la Facultad de Filosofía organizó a Adolfo Sánchez Vázquez en 2005, resulta especialmente emotiva. Seguramente los tres dialogan ahora ampliamente sobre estos y otros trascendentales temas. Bolívar Echeverría destaca la decisiva influencia de la obra de Adolfo Sánchez Vázquez en los jóvenes intelectuales latinoamericanos de izquierda. En los años sesentas el marxismo estatista predominante no podía proveer un discurso teórico filosófico que dotara de sentido y permitiera articular las luchas revolucionarias en América Latina: “Sólo a la luz de esta necesidad apremiante de una teoría

compartible por todos los que impugnaban el orden establecido y capaz así de reunirlos puede entenderse y apreciarse la importancia que tuvo para esos jóvenes intelectuales el apareamiento de una obra marxista como la Adolfo Sánchez Vázquez. A partir de ella se volvía indudable que un marxismo diferente del que se había establecido como ideología del ‘socialismo soviético’ era un marxismo posible”.

La obra de Sánchez Vázquez insistía desde entonces en la importancia de articular dos contenidos esenciales del marxismo: el carácter creativo de la praxis y la necesidad de una orientación esencialmente humanista y democrática de la actividad socialista. El humanismo de Sánchez Vázquez sostiene como tesis principal que el ser humano es capaz de crear un mundo propio, comenzando por la praxis libre y creativa del arte, y ésta puede proyectarse a la praxis política en la construcción del socialismo. El socialismo o es democrático o no es socialismo: “En una época en que hablar de socialismo condena a quien lo hace a ser tratado como una reliquia del pasado o como un iluso desatado, Adolfo Sánchez Vázquez les toma la palabra a los defensores de la democracia sin adjetivos y les demuestra que basta con un mínimo de coherencia teórica para reconocer que el principal obstáculo de toda política y todo gobierno democrático es la dictadura del capital, esa precisamente que el socialismo proyecta acabar”, nos dice Bolívar Echeverría, refiriéndose a la intervención de Adolfo Sánchez Vázquez en un coloquio sobre democracia organizado por Octavio Paz hace décadas, en la que lamentaba que en todo el coloquio no se hubiera mencionado ni una sola vez la palabra “socialismo”.

María Rosa Palazón, discípula y colega de Adolfo Sánchez Vázquez, hace una reflexión sobre su teoría estética mostrando la gran originalidad de su interpretación de Marx en un aspecto poco estudiado dentro de la estética y dentro del marxismo. Pero también señala el espíritu innovador y crítico de Adolfo Sánchez Vázquez respecto a su propia teoría estética. La doctora Palazón nos muestra cómo incluso en sus últimas obras, especialmente en la cátedra extraordinaria que impartió en la Facultad de Filosofía y Letras en 2004 y que inauguró la colección Relecciones de la propia facultad con el libro *De la estética de la recepción a la estética de la participación* (2005), Sánchez Vázquez integra críticamente la propuesta de la hermenéutica gadameriana y de otras tradiciones filosóficas contemporáneas e incluso tiene la audacia de incorporar las técnicas de comunicación digital como una forma de impulsar la socialización del arte desde una perspectiva participativa y democrática, y por este medio contribuir a la edificación de una amplia conciencia crítica e ilustrada en la sociedad civil.

Por su parte, Griselda Gutiérrez, quien fue ayudante y también discípula y colega de Adolfo Sánchez Vázquez, retoma un diálogo que tuvo nuestro profesor en ocasión de un coloquio que él organizó en la Facultad de Filosofía

y Letras en torno a la violencia, del cual resultó un muy interesante volumen coordinado por el propio Sánchez Vázquez. Griselda Gutiérrez coincide con Sánchez Vázquez en el carácter estructural de violencia en la sociedad capitalista. Es el sistema social de exclusión, explotación y dominación propio de las sociedades capitalistas contemporáneas un hecho violento que engendra violencia funcional para la reproducción del capitalismo.

Finalmente, cierra la sección de homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez la entrevista que le hace su también ayudante y alumna de las últimas generaciones, Diana Fuentes. La entrevista resulta muy interesante y las respuestas muestran una mirada retrospectiva del pensamiento de Sánchez Vázquez. Se inicia con una pregunta sobre sus principales influencias en su propuesta de filosofía de la praxis, donde se destaca la obra de juventud de Marx, en la que sostiene una concepción del hombre como un ser práctico y creativo, pero también reconoce la influencia de Luckács, Korsch, Lefebvre y el marxismo italiano. Asimismo, señala que en su filosofía teoría y práctica son inseparables y se manifiesta en contra del abstraccionismo teórico que predomina en la filosofía contemporánea. Desde esta perspectiva integral es necesario articular el aspecto político-ideológico de Marx con su teoría científica de la historia, pues el marxismo es ante todo una crítica a la realidad existente para transformarla en una sociedad deseable que contiene valores que la justifican (dimensión ética-política ideológica). Pero al mismo tiempo la crítica implica una actividad transformadora efectiva que requiere de un conocimiento de la realidad que se quiere transformar (aspecto científico; ideología y ciencia se articulan en la praxis revolucionaria).

Sobre el tema de ideología, Sánchez Vázquez refiere a una famosa discusión que tuvo con Luis Villoro. Villoro sostiene un concepto estricto de ideología apegado al sentido que Marx le da al término: como falsa interpretación del mundo que sirve para justificar relaciones de dominación. Frente a este concepto, Sánchez Vázquez sostiene un sentido amplio de ideología que además de la anterior incluye la posibilidad de ideologías críticas y emancipadoras, en un sentido convergente con la interpretación gramsciana del término.

Respecto a los cambios que la situación actual exigen de la teoría marxista de la historia y de la revolución, Sánchez Vázquez destaca que los movimientos sociales de emancipación, especialmente en Latinoamérica y en particular en México, muestran que el proletariado no es la única clase revolucionaria, hay una multiplicidad de otros sujetos revolucionarios, por ejemplo, los pueblos indígenas, que luchan contra el capitalismo globalizador: "Justamente, porque hoy están en juego los intereses y aspiraciones de la mayoría de la sociedad, de los más amplios sectores sociales e incluso de toda la humanidad; la lucha contra el capitalismo no es patrimonio de una clase determinada sino de toda la humanidad. Este carácter anticapitalista es el que se pone de manifiesto en

el movimiento antiglobalizador y contra la guerra de nuestros días, aunque en estos movimientos todavía no se defina, o no haya una conciencia en la alternativa social al capitalismo. Pero lo que sí está claro con estos movimientos es que ya no es sólo una clase la que se enfrenta al capitalismo, sino todo un conglomerado o conjunto de clases y sectores sociales, justamente porque el capitalismo depredador amenaza a todos”.

Como podemos ver en los diversos trabajos que aquí se presentan, Adolfo Sánchez Vázquez destaca por ser uno de los filósofos marxistas más originales e influyentes de nuestro tiempo. Lo distintivo de su marxismo es precisamente su carácter crítico, así como su dimensión humanista ética y políticamente comprometida con la construcción de un socialismo democrático y esencialmente liberador. Ser un marxista crítico significa, para Sánchez Vázquez, apertura al diálogo con otras tradiciones intelectuales (democracia radical, socialismos de izquierda, anarquismo, teología de la liberación, etcétera) para renovar continuamente al propio marxismo y adecuarlo a la condición de los tiempos actuales: “En suma, el marxismo como teoría sigue en pie a condición de que, de acuerdo con el movimiento de lo real, mantenga sus tesis básicas —aunque no todas—, revise o ajuste otras o abandone aquellas que tienen que dejar paso a otras nuevas para no quedar a la zaga de la realidad. O sea, en la marcha para la necesaria interpretación del mundo, hay que partir de Marx para desarrollar y enriquecer su teoría, aunque en el camino haya que dejar, a veces, al propio Marx”.¹

Pero no basta con la crítica intelectual, se requiere también el compromiso ético político de transformar la realidad injusta del capitalismo en un auténtico socialismo radicalmente democrático que garantice la plena libertad de todos los seres humanos: “[...] puesto que una alternativa social al capitalismo —como el socialismo— es ahora más necesaria y deseable que nunca, también lo es, por consiguiente, el marxismo que contribuye —teórica y prácticamente— a su realización. Lo cual significa, a su vez, que ser marxista hoy, significa no sólo poner en juego la inteligencia para fundamentar la necesidad y posibilidad de esa alternativa, sino también tensar la voluntad para responder al imperativo político-moral de contribuir a realizarla”.²

Así, marxismo, humanismo y republicanismos se vuelven igualmente esenciales e interdependientes en la filosofía de Adolfo Sánchez Vázquez. Estos tres aspectos medulares de su filosofía encuentran su raíz y fundamento en su propia formación y trayectoria intelectual y política. El humanismo proviene ante todo de una tradición propiamente iberoamericana, manifiesta tanto en la

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, “Discurso en la Universidad de la Habana al recibir el doctorado *honoris causa*”, septiembre de 2005.

² *Idem*.

filosofía como en el arte y especialmente en la literatura, la vocación originaria de Sánchez Vázquez, pues antes de ser filósofo fue un gran poeta. Su poesía fue un arma de lucha en plena Guerra civil contra el fascismo franquista y si bien su motivación inmediata era la experiencia de la guerra, su raíz y fundamento está en una tradición humanista centenaria de emancipación, como él mismo lo constató. “Ciertamente la patria que duele o a la que se exalta y se sueña o idealiza no tiene nada que ver con la España imperial, eterna de la doctrina franquista de la hispanidad. Es en verdad su antítesis: La España quijotesca humanista que a lo largo de los siglos, desde Luis Vives y Bartolomé de las Casas hasta Antonio Machado, ha tratado de liberarse una y otra vez —la Guerra civil ha sido su último y frustrado intento— de su carroña espiritual y su miseria material”.³

Si bien es cierto, como nos dice Sánchez Vázquez, que no combinó la producción literaria con la filosófica como lo hicieran otros grandes exiliados como María Zambrano o Ramón Xirau, también es cierto que nunca abandonó su alma poética, que impregnó de sensibilidad y trascendencia estéticas su rigurosa reflexión filosófica durante toda su vida. Su interés central en temas de estética es muestra de la persistencia de su espíritu literario. Y no es casual que sus primeras obras filosóficas fueran precisamente sobre la estética marxista y que su filosofía de la praxis esté basada en la estética. Tampoco es casual que el último libro que publicó en vida haya sido precisamente un libro de ensayos filosóficos sobre literatura, titulado *Incursiones literarias*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras en 2009, y algunos meses antes en España con el mismo título. El propio Adolfo Sánchez Vázquez me manifestó su interés en que el libro fuera publicado en sus dos patrias, en sus dos raíces, quizás como un maravilloso regalo de despedida.

El espíritu republicano de Adolfo Sánchez Vázquez es, al igual que su vocación poética, una experiencia que se forma desde su más temprana juventud y que lo lleva a incorporarse a la lucha en defensa del gobierno republicano hasta el final, cuando es derrotado por el ejército franquista. Será su compromiso inquebrantable con los valores republicanos los que hagan que sea desterrado y arrojado al exilio desde 1939, pero también serán esos mismos valores los que motiven su rompimiento con el marxismo dogmático estatizante promovido por la Unión Soviética. Sánchez Vázquez jamás renunció a sus valores y compromisos republicanos ni a su libertad creadora como filósofo y como poeta. Y esa congruencia consigo mismo fue lo que le permitió desarrollar una interpretación del marxismo de gran originalidad y de una radicalidad crítica contra toda forma de opresión y explotación, principalmente la del capitalismo

³ A. Sánchez Vázquez, “El imperativo de mi filosofar”, en *A tiempo y destiempo*. México, FCE, 2003, p. 65.

contemporáneo, pero también la del socialismo real que abandonó los valores de justicia, democracia y libertad del marxismo, del marxismo humanista que cultivó en su obra filosófica y que como bien señala Bolívar Echeverría, tuvieron una trascendencia en la teoría a nivel mundial y en la práctica revolucionaria en Latinoamérica. En este sentido, recuerdo las palabras del embajador de Cuba en México, Jorge Bolaños, en el homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez por sus noventa años, en 2005: “Tú no sabes Adolfo lo que significó para la Revolución cubana tu libro sobre las ideas estéticas de Marx”.

Pero además de reconocer la trascendencia intelectual y política de la obra filosófica de Adolfo Sánchez Vázquez, en sí misma un ejemplo de filosofía de la praxis, tenemos que reconocer y agradecer su ejemplo de humanista comprometido y de congruencia intelectual y moral, virtudes tan necesarias en nuestro tiempo que le permitieron a Sánchez Vázquez superar el “desgarrón” del exilio como él mismo nos lo confiesa en “Fin del exilio y exilio sin fin”: “Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que operar forzosamente sólo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también —¿por qué no?— como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*”.⁴

⁴ A. Sánchez Vázquez, “Fin del exilio o exilio sin fin”, en *A tiempo y destiempo*, p. 572.